

bles de impiedad hacia el Amor, y además los encuentro de una insulsez muy agradable; porque, aunque en ellos no haya ni razón ni verdad, se jactan de valer algo más, porque podrán seducir á jóvenes aturdidos y sorprender su admiración. Ya ves, pues, que debo someterme á una expiación; ahora bien: para los versados en teología, hay una expiación que no imaginó Homero, pero practicó Estesicoro. Privado de la vista por haber hablado mal de Helena, no desconoció, como Homero, el sacrilegio que había cometido, sino, como hombre verdaderamente inspirado por las Musas, comprendió la causa de su desgracia é hizo luego los versos siguientes:

«No, tal relación no es exacta; no, no; tú no entrastes en los barcos de buenas cubiertas; jamás entrastes en la ciudadela troyana.»

Y después de haber compuesto todo su poema, conocido bajo el nombre de Palinodia, recobró inmediatamente la vista. Instruido por este ejemplo, seré más sabio que los dos poetas; porque antes de que el Amor castigue mis ofensivos discursos, quiero ofrecerle mi palinodia. Hablaré con el rostro descubierto, y la vergüenza no me obligará á ocultarle, como hace un momento.

PHE. Nada más grato pudieras anunciarme, amado Sócrates.

Sóc. Debes, como yo, conocer toda la impu-

dencia del discurso que has leído y he pronunciado. Si un hombre de buen carácter y bien nacido los hubiese escuchado; si este hombre amó en su juventud ó fué amado, al oírnos sostener que los amantes conciben violentos odios por frívolos motivos, que atormentan á sus amados con celosas sospechas, y sólo en dañarlos piensan, ¿no crees que nos hubieran juzgado gentes de baja estofa, que nunca oyeron hablar del amor entre personas delicadas? Tan lejos hubiera estado de reconocer la verdad de las inculpaciones por nosotros dirigidas al Amor.

PHE. Muy bien pudiera ser así, Sócrates.

Sóc. Así, pues, por respeto á este hombre, y temiendo la venganza del Amor, quiero que un discurso más dulce venga á turbar la amargura del primero. Así, aconsejo á Lysias que componga inmediatamente un segundo discurso, demostrando que es propio de un corazón agradecido conceder los favores al amante con preferencia al que no lo es.

PHE. Creo que así será. Si pronuncias el elogio del amante apasionado, yo haré que Lysias escriba sobre este mismo asunto.

Sóc. Creo que puedo contar contigo para obligarle, á menos que dejes de ser Phedro.

PHE. Habla, pues, con confianza.

Sóc. Pero ¿dónde está el niño á quien me di-

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

Edo. 1675 MONTREZ, MEXICO

118  
rigía? Es preciso que oiga también este nuevo alegato, y que, oyéndole, aprenda á no apresurarse á conceder sus favores al hombre que no le ama.

PHE. Ese niño está junto á ti, y siempre lo estará, si lo deseas.

Sóc. Figúrate, pues, hermoso niño, que el primer discurso era de Phedro, hijo de Pythocles, de Myorhinos, y que el que ahora voy á pronunciar es de Estesícoro de Himera, hijo de Euphemos. Lo que debe decirse es: No, nada hay de cierto en ese discurso; no debe desdenarse al amante apasionado y abandonarse al hombre sin amor sólo porque el uno delira y el otro está en su pleno buen sentido. Esto fuera bueno si resultase evidente que el delirio es un mal; pero no es así, sino que al delirio inspirado por los dioses es á quien somos deudores de los mayores bienes. En su delirio hicieron señalados servicios á la Grecia y á los particulares las sacerdotisas de Delfos y Dodona, y estando tranquilas hicieron muy poco ó nada. No quiero hablar de la Sibila y de todas las que, habiendo recibido de los dioses el don de profecía, inspiraron á los hombres sabios pensamientos anunciándoles el porvenir; porque esto fuera extenderme inútilmente sobre lo que todo el mundo conoce. Pudiera invocar también el testimonio de los antiguos que

formaron las palabras; no miraron el delirio (*μανία*) como vergonzoso y no honrado, porque entonces no hubieran dado este nombre á la más noble de las artes, á la que nos enseña el porvenir, ni la hubiesen llamado *μανική*.

Si este nombre la dieron, pensaron al hacerlo que el delirio era un don magnífico cuando procedía de los dioses. Los hombres de ahora, introduciendo una *τ* en la palabra, formaron la de *μανική*. Por el contrario, la investigación del porvenir, hecha por hombres sin inspiración que observaban el vuelo de las aves y demás signos, fué denominada *οἰωνοειτική*, porque los adivinos trataban, auxiliados por el raciocinio, de dar al pensamiento humano la inteligencia y el conocimiento; y los modernos, al cambiar la antigua *ο* en la enfática *ω*, denominaron este arte *οἰωνοειτική*. Así, pues, tanto como el don de profecía excede en perfección y dignidad al arte augural en cuanto al nombre y en cuanto á la cosa, otro tanto más noble es el delirio que procede de los dioses que la sabiduría que viene de los hombres; y los antiguos así nos lo demuestran.

Cuando la peste ó los demás terribles azotes caían sobre los pueblos, castigándolos por alguna antigua maldad, el delirio que se apoderó de algunos mortales, llenándolos de espíritu profético, les hizo buscar un remedio á esos males y

un refugio contra la cólera divina en las oraciones y ceremonias expiatorias. Al delirio se debieron las purificaciones y ritos misteriosos, que preservaron de los males presentes y futuros al hombre verdaderamente inspirado y animado del espíritu de profecía, revelándole los medios de librarse de tales daños.

Hay una tercera clase de posesión y delirio: el inspirado por las Musas; cuando se apodera de un alma sencilla y virgen aún, la transporta y la inspira odas y otros poemas que sirvan para la enseñanza de las nuevas generaciones celebrando las hazañas de los antiguos héroes. Pero todo el que, sin estar agitado por ese delirio que viene de las Musas, se atreva á aproximarse á su santuario, aunque se persuade de que el arte bastará para hacerle poeta, estará siempre muy lejos de la perfección, y siempre la poesía de los sabios se verá eclipsada por los cánticos que respiran una divina locura.

Estas son las portentosas ventajas que procuran á los mortales el delirio enviado por los dioses, y pudiera citar otras muchas. Así, guardémonos de temerle y no nos dejemos turbar por ese artero discurso, que pretende que debe preferirse un amigo frío á un amante á quien la pasión agita. Para que tales razones pudieran vernos, sería preciso que nos demostrase que los

dioses que inspiran el amor no quisieran el mayor bien para el amante y el amado. Demostraremos, por el contrario, que los dioses nos envían esta especie de delirio para nuestra mayor felicidad. Nuestras pruebas excitarán el desdén de los falsos sabios, pero persuadirán á los verdaderos.

Pero antes debe quedar determinada con exactitud la naturaleza del alma divina y humana, por la observación de sus propiedades y facultades.

Partiremos, pues, de este principio. Todo espíritu es inmortal, porque todo el que se mueve con movimiento continuo es inmortal. El sér que comunica y recibe el movimiento, deja de vivir cuando el movimiento cesa; sólo el sér que por sí mismo se mueve, no pudiendo dejar de ser el mismo, no cesa nunca de moverse; y lo que es más: es el origen y principio del movimiento para todos los seres que participan del movimiento. Ahora bien: un principio no puede producirse, porque todo lo que comienza á ser debe necesariamente ser producido por un principio, y el principio mismo por nada es producido, pues si lo fuera dejaría de ser principio; pero si no tiene principio, tampoco puede ser destruído. Si algún principio fuera una vez destruído, no podría renacer de nada, y nada pudiera nacer de él; co-

mo ya hemos dicho, todo es necesariamente producido por un principio. Así, el sér que se mueve á sí mismo es también principio de movimiento, y no puede ni nacer ni perecer; pues en otro caso, el cielo todo y los seres que recibieron el nacimiento se fijarían en una sombría inmovilidad y no tendrían otro principio para darles este movimiento, una vez destruído. Hemos, pues, demostrado que lo que á sí mismo se mueve es inmortal, y nadie temerá afirmar que el poder de moverse á sí mismo es la esencia del espíritu. En efecto, todo cuerpo movido por extraño impulso es inanimado, y todo cuerpo que recibe el movimiento de un impulso interior es animado, pues ésta es la naturaleza del espíritu. Si, pues, es cierto que lo que se mueve por sí es el espíritu, síguese necesariamente que el espíritu no tiene principio ni fin. Esto explica bastante su inmortalidad.

Ocupémonos ahora del alma en sí misma. Para decir lo que es, fuera preciso una ciencia divina y un sinnúmero de circunlocuciones; para presentar su naturaleza en una comparación, basta una ciencia humana y algunas palabras. Digamos, pues, que se parece á las fuerzas reunidas de una alada yunta y de un cochero; los corceles y cocheros de las almas divinas son todos ellos excelentes y de buena raza; pero en los de-

más seres, su naturaleza participa del bien y del mal. Así es que, en nosotros, el cochero dirige dos corceles, uno excelente y de excelente raza, otro muy diferente del primero y también de diferente origen. Ahora bien: semejante tronco tiene forzosamente que ser penoso y difícil de guiar.

Pero ¿cómo, entre los seres animados, unos se llaman mortales y otros inmortales? Esto es lo que debemos explicarnos. El alma universal rige la materia inanimada y da la vuelta al universo, manifestándose bajo mil formas diferentes. Cuando es alada y perfecta, domina desde lo más encumbrado del cielo y gobierna el orden universal. Cuando ha perdido sus alas, rueda por los espacios infinitos hasta que se fija en alguna cosa sólida; en ella establece su morada, y cuando así ha revestido un cuerpo terrestre, que desde luégo, movido por la fuerza que ella le comunica, parece moverse por sí mismo, esta reunión de un alma y de un cuerpo se denomina un sér vivo y se añade que es mortal. En cuanto al nombre de inmortal, no puede definírsele razonando, sino que hemos de imaginárnoslo; y sin nunca haber visto la sustancia á que este nombre conviene y sin comprenderle bastante, sospechamos que es un sér inmortal formado por la reunión de un alma y un cuerpo, unidos por toda la eternidad. Pero sea lo que quiera lo que agrade á Dios,

y dígase lo que se quiera, nosotros explicamos el modo cómo las almas pierden sus alas, y ved aquí la causa probable de ello.

La virtud de las alas consiste en remontar lo que es pesado á las más elevadas regiones donde habita la raza de los dioses, y participar de lo que es divino más que todas las cosas corporales. Ahora bien: lo divino es lo bello, bueno y verdadero, y todo lo que posee análogas cualidades, y es también lo que sostiene y fortifica las alas del espíritu; y todas las demás cualidades contrarias, como la maldad y la fealdad, las debilitan y hacen perecer. Ahora bien: Júpiter, el Señor omnipotente que está en el cielo, se adelanta ordenándolo todo, y sobre todo vigilando. Siguele el ejército de dioses y demonios dividido en once tribus, porque Vesta es la única de las doce divinidades superiores que se queda en el cielo, y las otras once, en el orden que les está prevenido, acaudilla cada una á su respectiva tribu. ¡Cuántos sorprendentes espectáculos nos ofrece la inmensidad del cielo cuando los inmortales bienaventurados verifican en él sus revoluciones, cumpliendo la misión que á cada uno de ellos les está reseñada! En pos de ellos marcha todo el que quiere y puede seguirlos, porque la envidia no encuentra plaza en el coro celestial. Cuando se congregan en el banquete que

los espera, avanzan por escarpado camino hasta la más elevada cima de la bóveda celeste. Los carros de los dioses, siempre dispuestos en equilibrio por sus obedientes y enfrenados corceles, suben sin dificultad; los otros con más trabajo, porque el mal corcel gravita sobre el carro inclinado y le arrastra al suelo, si es que el cochero no le domó. Entonces el espíritu sufre una prueba y emprende una lucha suprema. Las almas de los llamados inmortales, cuando han subido á lo más encumbrado de los cielos, se elevan sobre la bóveda celeste y se detienen en su convexidad; entonces las arrastra un movimiento circular, y en esta evolución contemplan todo lo que fuera de esta bóveda abraza el universo.

Ningún poeta ha celebrado nunca la región que se extiende bajo el firmamento; ninguno la celebrará jamás dignamente. Ved aquí, sin embargo, lo que hay. Porque si siempre debe tenerse el valor de decir la verdad, es mayor la obligación cuando de la verdad se habla. Solamente la inteligencia, guía del espíritu, puede contemplar la esencia sin color, sin forma é impalpable; en torno de la esencia está la morada de la ciencia perfecta, que abraza toda la verdad. Ahora bien: el pensamiento de los dioses se nutre de inteligencia y de ciencia pura, como todo espíritu ávido del alimento que le conviene; admitido

á gozar la contemplación del Sér absoluto de que estaba privado hacia tanto tiempo, se nutre en la verdad que se descubre á su vista y se sumerge en arrobamiento, hasta que el movimiento circular le vuelve al punto de donde había salido. Durante esta revolución contempla la justicia y la sabiduría en sí; la ciencia, no la ciencia sujeta al cambio y que se muestra diferente según los diferentes objetos que nosotros los mortales denominamos seres, sino la ciencia que tiene por objeto el Sér de los seres. Y cuando ha contemplado así las esencias y en ellas se ha saciado, vuelve nuevamente á sumergirse en el interior del cielo y á entrar nuevamente en su morada. Apenas llega á ella, el cochero lleva al pesebre los caballos y ante ellos vierte el néctar y la ambrosía. Tal es la vida de los dioses.

En los demás espíritus, el que sigue á los espíritus divinos con paso más igual y más se parece á ellos, eleva la cabeza de su cochero á las regiones superiores y se encuentra arrastrado por el movimiento circular; pero, perturbado por sus caballos, apenas puede entrever las esencias. Hay otros que ya se elevan, ya descenden, y que, arrastrados por sus corceles, ven ciertas esencias y no pueden contemplarlas todas. En fin, los demás espíritus siguen de lejos y aspiran como los primeros á elevarse á las regiones superiores; pe-

ro sus esfuerzos son inútiles, están como sumergidos y ruedan á los espacios inferiores; y luchando en velocidad para adelantarse, se chocan y atropellan; todo es entonces confusión, combate y lucha desesperada, y, por la ineptitud de sus conductores, muchas de estas almas se lisan, otras ven una á una caer las plumas de sus alas, y todas, después de inútiles esfuerzos, no pudiendo elevarse hasta la contemplación del Sér absoluto, caen nuevamente, y en su caída no hallan más alimento que la hipótesis de la opinión. Lo que da á los espíritus su ardiente afán por elevarse á un punto desde donde puedan descubrir todo el extenso campo de la verdad, es que en este campo es donde únicamente encuentran un alimento capaz de nutrir su parte más noble y de desarrollar las alas que alejan el espíritu de las bajas regiones. Es ley de Adrastea la de que todo espíritu que ha podido seguir al espíritu divino, y contemplar con él alguna de las esencias, esté exento de todo mal hasta hacer un nuevo viaje; y que si su esfuerzo no se debilita, ignore siempre su sufrimiento. Pero cuando ya no puede seguir á los dioses; cuando, por un funesto extravío, estando repleto del alimento impuro del vicio y del olvido, gravita y pierde sus alas, cae á la tierra, y una ley dispone que en esta primer generación no anime el cuerpo de ningún ani-

mal. El espíritu que mejor ha percibido las esencias y la verdad deberá formar un hombre que se consagre á la sabiduría, á la belleza, á las Musas y al amor; y el que sólo procede del segundo rango, un rey justo ó guerrero y poderoso; el de la tercera clase, un político, un hacendista ó un hombre de negocios; el del cuarto grado, un atleta infatigable ó un médico; el del quinto, un adivino ó un iniciado; el del sexto, un poeta ó un artista; el del séptimo, un obrero ó un labrador; el del octavo, un sofista ó un demagogo; y el del noveno, un tirano. En todos estos estados, el que practicó la justicia es llamado después de su muerte á un elevado destino, y el que la violó cae en una condición inferior. El espíritu no puede volver á la morada de donde partió sino después de un destierro de diez mil años, porque no recobrará sus alas antes, á menos que no haya cultivado la Filosofía con un corazón sincero ó amado á los jóvenes con un amor filosófico. Si tres veces seguidas escogió este género de vida, á la tercera revolución de mil años recobra sus alas y se vuelve á los dioses apenas transcurre el último de los tres mil años. Pero los demás espíritus sufren un juicio después de haber vivido su primer existencia, y, ya juzgados, unos descienden á las entrañas de la tierra para en ellas sufrir su pena, y los otros que obtuvieron una

sentencia favorable son arrebatados á cierto punto del cielo, donde reciben las recompensas de las virtudes que practicaron durante su vida terrenal. Mil años después, unos y otros son llamados á nueva distribución de sus condiciones, y puede escoger cada uno el género de vida que prefiere. Así, el espíritu de un hombre puede animar á una bestia salvaje, y el de ésta animar á un hombre, siempre que lo hubiere sido en una existencia anterior. El espíritu que nunca entrevió la verdad no puede revestir la forma humana. En efecto, el hombre debe comprender lo general; es decir, elevarse de la multiplicidad de las sensaciones á la unidad racional. Mas esta facultad no es sino el recuerdo de lo que vió nuestro espíritu cuando seguía al Espíritu divino en sus evoluciones; cuando, dejando caer una desdeñosa mirada sobre lo que llamamos seres, se elevaba á la contemplación del verdadero Sér. Por eso es justo que sólo tenga alas el pensamiento del filósofo; porque siempre, en cuanto le es posible, se apega por el recuerdo á las esencias á que Dios mismo debe toda su divinidad. El hombre que sabe servirse de estas reminiscencias, está incesantemente iniciado en los misterios de la perfección infinita, y él solo se perfecciona verdaderamente á sí mismo. Libre de los cuidados que agitan á los hombres, y no preocupándose tam-

poco por las cosas divinas, pretende la muchedumbre curarle de su locura, y no ve que está inspirado.

Á este punto me proponía llegar con mi discurso sobre la cuarta especie de delirio. Cuando un hombre ve las bellezas terrestres, y se acuerda de la verdadera belleza, su alma recobra sus alas y desea volar; pero, conociendo su impotencia, levanta como el ave sus miradas al cielo; y como descuida los quehaceres mundanos, se ve tratar de insensato. Este es, de todos los entusiasmos, el más magnífico en sus causas y efectos para el que le ha recibido en su corazón y para aquel á quien se comunica; y el hombre que abriga tal deseo y que se apasiona por la belleza recibe el nombre de amante. En efecto, como dejamos dicho, todo espíritu humano debió contemplar necesariamente las esencias; si no, no hubiera podido entrar en el cuerpo humano. Pero los recuerdos de esta contemplación no se despiertan con igual facilidad en todos los espíritus: uno no ha hecho más que entrever las esencias; otro tuvo la desgracia, después de caer á la tierra, de verse arrastrado á la injusticia por sociedades funestas y olvidar los sacrosantos misterios que antes había contemplado. Solamente un pequeño número de almas conserva un recuerdo casi distinto. Cuando estos espíritus ven alguna

imagen de las cosas del cielo, se turban en extremo y no pueden contenerse; pero no saben qué es lo que experimentan, porque sus percepciones no son bastante claras. Porque, en efecto, la justicia, la sabiduría y todos los bienes del alma ya no brillan en sus imágenes terrestres con el antiguo esplendor; la debilidad de nuestros órganos apenas permite á un escaso número de nosotros reconocer ante esas imágenes el modelo que representan. Pudimos contemplar la hermosura radiante cuando, mezclados al coro de los bienaventurados, marchábamos en pos de Júpiter, y las demás almas en pos de los otros dioses; entonces gozábamos del más admirable espectáculo; iniciados en misterios que debemos llamar divinos, los celebrábamos libres de la imperfección y de los males que nos esperaban; se nos admitía á la contemplación de las esencias perfectas, simples, llenas de calma y beatitud, y las visiones irradiaban en el seno de la más pura luz; y entonces también vivíamos puros y libres de esta tumba que llamamos cuerpo, y que llevamos con nosotros como la tortuga lleva su prisión.

Perdóname estos circunloquios ante el recuerdo y al sentimiento de las pasadas grandezas. Entonces la belleza brillaba entre las demás esencias, y en nuestra morada terrestre, donde con su brillo lo oscurece todo, la hemos reconocido por

UNIVERSIDAD DE IBERO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

Edo. 1625

el más luminoso de todos los sentidos. La vista es, en efecto, el más sutil entre los órganos corporales; pero no llega á percibir la sabiduría, porque experimentaríamos amores increíbles si su imagen y la de las demás esencias dignas de nuestro amor se ofreciesen á nuestra vista tan vivas y distintas. Pero es hoy la única belleza que tiene el privilegio de ser al mismo tiempo el objeto más amable y el que más nos impresiona. El alma que no tiene un recuerdo reciente de los divinos misterios, ó que se ve abandonada á las corrupciones de la tierra, lucha con dificultades para elevarse desde las cosas del mundo hasta la perfecta belleza, por la contemplación de los objetos celestiales que llevan su nombre; empero, lejos de sentir respeto ante su vista, se deja dominar por el atractivo del placer, y, como una bestia salvaje, violando el orden natural, se abandona á un brutal deseo, y, en su grosero comercio, ni teme ni se avergüenza de perseguir un deleite contra naturaleza. El hombre que ha sido perfectamente iniciado, y que contempló alguna vez un gran número de esencias, cuando ve un rostro que presenta la belleza celestial, ó un cuerpo que por sus formas le recuerda la esencia de la belleza, siente desde luego cierto pavor y experimenta los antiguos terrores religiosos. Fijando luego sus miradas en el objeto amable, le res-

peta como á un dios; y si no temiera ver tratar su entusiasmo de locura, inmolaria víctimas al objeto de su pasión como á un ídolo, como á un dios. Al verlo, semejante á un hombre calenturiento, el rostro se le demuda, el sudor inunda su frente, y un fuego desconocido circula por sus venas; apenas sus ojos reciben la emanación de la belleza, siente el dulce calor que nutre las alas del espíritu, y á su llamâ se funde la envoltura, cuya dureza tanto tiempo impidió su desarrollo. La afluencia de este desarrollo hace que sus alas se indiquen y que quieran propagarse á toda el alma, porque antes toda el alma era alada. Ahora, pues, está en la eferescencia de la agitación; y este espíritu, cuyas alas comienzan á aparecer, es como el niño cuyas encías están irritadas é hinchadas por la aparición de los primeros dientes. Cuando las alas se desarrollan, le hacen experimentar un calor, una hinchazón y una irritación análogas. En presencia de un objeto bello recibe las partículas de belleza que de él se desprenden y emanan, y que hacen dar al deseo el nombre de *ἔρεος*, siente como un tibio calor, experimenta refrigerio y vive en la alegría. Pero cuando se ve separada del objeto amado, el fastidio la consume, los poros del alma por dónde las alas brotan se desecan y se cierran, de modo que ya no tienen salida. Presa del deseo y encerradas en su

prisión, se agitan como la sangre que salta en las venas; chocan con todas las salidas, y el alma, por todas partes agujoneada, se hace furiosa y loca en fuerza de tanto sufrir, mientras el recuerdo de la belleza la inunda de alegría. Estos dos sentimientos la dividen y alteran; en la confusión que tan extrañas emociones la causan, es presa de la angustia; y, en su frenesi, ni puede reposar por la noche, ni gozar tranquilidad por el día, sino que, impulsada por la pasión, se lanza siempre allí donde piensa encontrar su amada belleza. Apenas vuelve á su vista, apenas recibe nuevamente sus emanaciones, se reabren los poros, poco antes cerrados; el alma, por fin, respira; ya no siente el aguijón del dolor, y gusta, durante breves instantes, el más encantador deleite. Así, el amante no quiere en manera alguna separarse del bien amado, y nada le es tan precioso como este objeto tan bello. Todo lo olvida: madre, hermanos y amigos; pierde su descuidada fortuna, y por ello no se conmueve; los deberes y las conveniencias, que antes se honraba respetando, ya no le interesan; consiente en ser esclavo y en aletargarse, siempre que así se encuentre lo más cerca posible del objeto de sus deseos; porque, si adora al que posee la belleza, es porque sólo en él encuentra algún alivio á los tormentos que sufre.

Los hombres, hermoso niño á quien este discurso se dirige, llaman amor á este afecto; los dioses le dan un nombre tan singular, que acaso te haga sonreír. Algunos homeristas nos citan, según creo, dos versos que de su poeta han conservado, uno de los cuales es verdaderamente falto de mesura y muy injurioso para el amor. «Los mortales le llaman Eros, el dios alado; los dioses le llaman Pteros, el que da las alas.» Admitase ó no se admita la autoridad de estos versos, siempre resultará que la causa y naturaleza del afecto de los amantes son tales como los he descrito.

Si el hombre de quien el amor se apoderó fué en algún tiempo uno de los seguidores de Júpiter, tiene mayor fuerza para soportar al dios alado cuando sobre él cae; cuando los que siguieron á Marte en su celeste revolución y le sirvieron son presa del amor, y se juzgan ultrajados por el objeto de su pasión, sienten una rabia mortífera que les lleva á inmolarsé á sí mismos con su bien amado. Así, honra cada uno al dios cuyo cortejo seguía; y en tanto que le es posible, le imita en su vida, al menos durante su primer generación, mientras no está completamente corrompido; y esta imitación llega hasta sus relaciones amorosas y á todas las demás relaciones. Cada uno se escoge un amor según su carácter; hace

de él su dios, le eleva en su corazón una estatua, y se complace en adornarla como para celebrar sus misterios. Los servidores de Júpiter buscan en el que aman un alma de Júpiter; examinan, pues, si tiene el gusto de la sabiduría y del precepto; y cuando le han hallado tal como le desean y le han consagrado su amor, hacen todo lo que les es posible por desarrollar en él tan nobles inclinaciones. Si aun no se habían consagrado decididamente á los trabajos consiguientes, se entregan á ellos y trabajan para perfeccionarse por las enseñanzas de los demás, y por sus propios esfuerzos tratan de descubrir en sí mismos el carácter de su dios; y lo consiguen, porque están incesantemente obligados á contemplar ese dios; y cuando ya por el recuerdo lo poseen, el entusiasmo los transporta y toman de él los hábitos y costumbres, tanto al menos como le es posible al hombre participar de la naturaleza divina. Como atribuyen esta feliz transformación á la influencia de su bien amado, ámanle aún más; y si Júpiter es el divino manantial donde beben su inspiración, como las Bacantes, le vierten sobre el objeto de su amor y le asemejan á su dios todo lo más que les es posible. Todos los que siguieron á Juno buscan un alma regia; y apenas la encuentran, proceden respecto á ella del mismo modo. Finalmente, todos los que han seguido á Apolo y

á los demás dioses, como regulan todos sus pasos por la divinidad que han escogido, buscan un hombre de la misma índole; y cuando le poseen, imitando á su divino modelo, se esfuerzan para persuadir á su bien amado á que haga otro tanto, le acomodan á las costumbres de su dios, hacen todo lo que pueden para que reproduzca ese tipo de perfección. Muy lejos de concebir contra él sentimiento de envidia ó de baja benevolencia, todos sus esfuerzos y deseos tienden únicamente á hacerle semejante á sí mismos y al dios á quienes ellos honran. De este celo están animados los verdaderos amantes; y si logran comunicar su amor, su victoria es una iniciación; el bien amado que se deja subyugar por un amante que delira, se abandona á una pasión noble y que para él sea una causa de felicidad. Pero su caída se verifica del siguiente modo:

Hemos distinguido en cada espíritu tres partes diferentes al indicar ésta alegoría: dos corceles y un cochero; sigamos la metáfora. Decíamos que uno de los dos corceles era de buena raza y otro viciado. Pero ¿de dónde proceden la excelencia del uno y el vicio del otro? Esto es lo que no hemos dicho y lo que ahora debemos explicar. El primero tiene la estampa soberbia, las formas regulares y bien trazadas, la cabeza elevada, las narices un poco encorvadas; es blanco

y sus ojos negros; ama la gloria con cierta sabia prudencia; apasionado por la verdadera dicha, obedece, sin que se le castigue, las exhortaciones y la voz del cochero. El segundo tiene los miembros contraídos, pesados y toscos; la cabeza gruesa, el cuello corto, las narices achatadas; es negro; sus ojos son verdes y sanguinolentos; sólo respira furor y vanidad; sus orejas velludas son sordas á los gritos del cochero, y difícilmente obedece al látigo y á la espuela.

Á la vista del objeto amable, cuando el cochero siente el fuego del amor que penetra toda su alma, y el agujón del deseo que irrita su corazón, el corcel dócil, dominado siempre y en el actual momento por las leyes del pudor, se contiene para no atropellar al bien amado; pero el otro corcel no conoce ya ni látigo, ni espuela; salta, se excita, y estorbando simultáneamente al guía y al compañero, los arrastra violentamente hacia el objeto amado, para gustar junto á él los deleites sensuales. Aquellos resisten al principio y se indignan contra una violencia odiosa y culpable; pero al fin, cuando ya el mal es ilimitado, se dejan arrastrar, ceden al furioso corcel y prometen consentir en todo. Se aproximan al objeto bello y contemplan esta tan brillante aparición. Al verla, la memoria le representa al cochero la esencia de la belleza y le parece verla

como alguna vez la vió en la mansión de la pureza caminando con la Sabiduría. Esta visión le llena de un terror religioso; se echa hacia atrás, lo que hace que tire tan violentamente las riendas que haga encabritarse simultáneamente á entrambos corceles: el uno de buen grado, porque no está acostumbrado á hacer resistencia; el otro, á pesar suyo, porque es todo violencia y agitación. Así es que retroceden, uno lleno de pudor y sorpresa, con el alma inundada de sudor, y el otro ya insensible á la presión del freno y al dolor de su caída, casi sin aliento, furioso y enojado contra su guía y compañero, como inculpándole de haber, por cobardía y falta de corazón, abandonado su puesto y hecho traición á su juramento. Oblígalos á que, á pesar suyo, vuelvan á la carga y concedan á sus súplicas algunos momentos de plazo. Cuando espira esa tregua, fingen no pensar en ello; pero él, recordándoles su compromiso, forcejeando y bramando furioso, los arrastra y obliga á renovar sus tentativas cerca del objeto amado. Apenas á él se aproxima, cuando, cayendo sobre él, se aleja mordiendo el freno y tirando con obstinación. Entonces el cochero experimenta más fuertemente la impresión que antes sintiera; se echa atrás como el caballero que va á chocar con la barrera, y con energía inusitada atrae á sí con nueva fuerza el bo-

cado del corcel indómito, rompe sus dientes, destroza su lengua insolente, ensangrienta su boca, toca el suelo con sus muslos y piernas, y siente mil angustias. Cuando á fuerza de sufrir el corcel vicioso ve que su furor decae, baja la cabeza y sigue la dirección del cochero; y apenas ve el objeto bello, desfallece de terror. Entonces solamente el alma del amante sigue con timidez y pudor al alma del amado.

Entretanto, el hombre que se ve servido y honrado como un dios por el amante que no demuestra el amor, pero que sinceramente le siente, nota que en él se despierta la necesidad de amar. Si antes sus camaradas, si otras personas denigraron en su presencia ese sentimiento, diciéndole que es vergonzoso tener un comercio amoroso, y si análogos discursos le hicieron rechazar al amante, el tiempo, la edad, la necesidad de amar y ser amado pronto le llevan á recibirlo en su intimidad. No puede ser sentencia del destino que el malvado ame al malvado, y que el hombre virtuoso no puede ser querido sino del hombre virtuoso. Cuando ya el bien amado acoge al que es su amante; cuando ya gozó de la dulzura de su trato y sociedad, se siente como arrebatado por esa pasión, y comprende que el afecto de todos sus parientes y amigos es nada junto al de un amante inspirado. Cuando ya este

comercio ha durado algún tiempo, y han visto y tocado, así en los gimnasios como en los demás concursos, la corriente de esas emanaciones que Júpiter, enamorado de Ganímedes, llamó deseo, entonces se dirige al amante, péntrale en parte; y cuando ya le ha llenado completamente el resto, se desborda; y así como un soplo ó un sonido reflejado por un cuerpo sólido y pulimentado, así las emanaciones de la belleza vuelven al alma del niño hermoso por el canal de sus ojos; y abriendo á las alas todos sus pasos, las nutren y las desatan, y llenan de amor al alma del bien amado. Ama, pues, pero no sabe qué; no comprende ni pudiera decir lo que le pasa; parécese al hombre que por contemplar mucho tiempo unos ojos enfermos siente que se oscurece su vista; desconoce la causa de su turbación y no observa que se ve en su amante como en un espejo. Siente que en su presencia se aplacan sus tormentos, lo lamenta todo lo que puede, experimenta un afecto que es como la imagen del amor que por él se tiene; pero á este afecto no le llama amor, sino amistad. Desea, sin embargo, como su amante, aunque con menos ardor, verle, tocarle, abrazarle, partir con él el lecho, y no tardará indudablemente en satisfacer este deseo. Mientras descansa á su lado, el indócil corcel del amante tiene muchas cosas que advertir al cochero; y en premio de

tantos sufrimientos, pide un instante de placer. Nada tiene que decir el corcel del bien amado; pero, experimentando emociones que no comprende, ciñe al amante con sus brazos y le cubre con los más tiernos besos; y mientras descansan uno junto á otro, no puede negar á su amante los favores que le pida. Pero el otro corcel y el cochero resisten en nombre del pudor y de la razón.

Si, pues, la parte mejor del alma es la más fuerte y los lleva á una vida ordenada según los preceptos de la sabiduría, pasan aquí sus días en la unión y la ventura; dueños de sí mismos, viven honradamente, porque dominaron lo que en su espíritu encaminaba al vicio y dieron libre desarrollo á lo que en él hace nacer la virtud. Libres de todo fardo pesado, y dotados de alas, cuando mueren, salen vencedores de uno de los tres combates que pueden llamarse verdaderamente olímpicos; y esto es un bien tan grande, que ni la sabiduría humana, ni el delirio divino, pudieran procurar al hombre otro más apetecido. Si, por el contrario, abrazaron un género de vida más vulgar y contraria á la Filosofía sin violar las leyes del honor, en medio de la embriaguez, en un momento de olvido y extravío, llegará á ocurrir indudablemente que los indómitos coceles de los dos amantes, arrastrando sus almas por sorpresa, los llevarán á un mismo objeto; y entonces, es-

cogiendo el género de vida más envidiable á los ojos del vulgo, se precipitarán en el placer. Cuando ya están satisfechos, todavía gustan los mismos placeres, pero más raramente, porque no tienen la aprobación de toda el alma. Se profesan mutuamente un verdadero afecto, aunque menos fuerte que el de los puros amantes; y cuando su delirio ha cesado piensan en darse mutuamente las prendas más preciosas de una fe correspondida, y aun creerían cometer un sacrilegio rompiendo aquellos lazos para abrir sus corazones al odio. Al final de su vida, faltos todavía de alas, pero ansiando tenerlas, sus almas abandonan los cuerpos, y su amoroso delirio recibe la mayor recompensa. Porque la ley divina no permite que los que comenzaron su viaje celestial sean precipitados en las tinieblas subterráneas, sino que pasen una vida brillante y bienaventurada en eterna unión; y cuando reciben las alas, recibenlas simultáneamente, porque el amor las unió en la tierra.

Tales son, hijo mío, los bienes portentosos y divinos que te procurará el afecto de un amante; pero la amistad de un hombre sin amor, que solamente goza de una sabiduría mortal y que se entrega completamente á los varios cuidados del mundo, no puede engendrar en el alma del amado más que una prudencia de esclavo, á la

cual el vulgo ha llamado virtud, pero que te hará andar errante y falto de razón por la tierra y bajo la tierra durante nueve mil años.

Hé aquí, Amor, la más hermosa y mejor pallodia que puedo ofrecerte en expiación de mi crimen. Si mi lenguaje fué demasiado poético, Phedro ha sido la causa de que incurriese en semejantes transportes. Perdona mi primer discurso y recibe este con indulgencia; dirígeme una mirada de dulzura y benevolencia; no me arrebatas, ni debilitas en mí este arte de amar con que me has regalado, y concédeme el ser más que nunca amante de la belleza. Si Phedro y yo te ultrajamos groseramente al principio, acusa por ello á Lysias, padre de aquel discurso; obligale á que renuncie á esas frívolas composiciones, y encámínale á la Filosofía, que ya ha abrazado su hermano Polemarco, á fin de que su amante, que me escucha, libre de la incertidumbre, que ahora le atormenta, pueda consagrar sin preocupación toda su vida al amor regulado por la Filosofía.

PHE. Me uno á ti, querido Sócrates, para pedir á los dioses que adopten ese partido, el mejor para él y para mí. Pero, en verdad, no me canso de admirar tu último discurso, cuya belleza me ha hecho olvidar el primero.

Temo que Lysias me parezca un orador no

muy fuerte si trata de luchar contigo en una nueva obra. Por lo demás, querido amigo, hace muy poco tiempo le reprendía en términos enérgicos uno de nuestros primeros hombres de Estado por escribir demasiado, y en toda su diatriba le llamaba fabricante de discursos. Acaso el amor propio te impida responderme.

Sóc. Esa es una idea muy singular, y conoces muy poco á tu amigo si le crees hombre capaz de impresionarse por un poco de ruido. ¿Has perdido creer en la seriedad de quien tales inculpaciones le dirigía?

PHE. Lo parecía, Sócrates; y bien sabes tú que los hombres más poderosos é importantes de nuestras ciudades se avergüenzan de componer discursos y dejar escritos que puedan hacerles pasar por sofistas á los ojos de la posteridad.

Sóc. No entiendes, amado Phedro, los rodeos de la vanidad, ni ves que nuestros más arrogantes hombres de Estado son los que más gustan de componer discursos y dejar escritos. Apenas publican alguna cosa, cuando ya están tan celosos de la admiración pública, que nada les parece más importante que inscribir los nombres de los que les dieron sus sufragios.

PHE. No comprendo lo que dices.

Sóc. ¿No comprendes que al frente de los es-

critos de un hombre de Estado están siempre los nombres de los que los aprobaron?

PHE. ¿Cómo?

Sóc. «El Senado, ó el pueblo, ó ambos, dice, aprobaron la proposición de Fulano...» y aquí hace su propio elogio y se menciona personalmente. Después, para ostentar su sabiduría ante sus admiradores, escribe un largo escrito; ¿no es verdad que lo que sigue á esto es un verdadero escrito?

PHE. En mi concepto, no lo es completamente.

Sóc. Y, sin embargo, el escrito vence, el autor sale contento del teatro, se crece, se ve elevar al honor de contarse entre los demás escritores y fautores de discursos, y si se desconsuela con él se afligen sus amigos.

PHE. Indudablemente.

Sóc. Es, pues, evidente que, lejos de desdeñar esta profesión, la tienen en grande estima.

PHE. Convengo en ello.

Sóc. ¿Pues qué! cuando un orador ó un rey revestido del poder de un Licurgo, de un Solón ó de un Darío, se immortaliza en un Estado como autor de discursos; ¿no se considera él mismo como un semidiós durante su vida, y la posteridad no tiene de él la misma opinión por sus escritos?

PHE. Seguramente.

Sóc. ¿Crees que ningún hombre de Estado, sean cualesquiera su carácter y su malevolencia respecto á Lysias, pretenda hacerle avergonzar por su título de escritor?

PHE. Esto es muy probable después de lo que has dicho; porque, en mi concepto, eso equivaldría á difamar la propia pasión.

Sóc. Es, pues, evidente que no puede avergonzarse por componer discursos.

PHE. Estamos de acuerdo.

Sóc. Pero me parece que lo vergonzoso no es hablar y escribir bien, sino hablar y escribir mal.

PHE. Es claro.

Sóc. ¿Y en qué consiste escribir bien ó escribir mal? ¿Deberemos preguntárselo, amado Phe- dro, á Lysias ó á alguno de los que han escrito ó hayan de escribir sobre un asunto político ó sobre materias privadas, en verso como poeta, en prosa como la mayor parte de los escritores?

PHE. ¿Y me preguntas si debemos? ¿Valdría la pena el vivir si no se gustasen esos placeres de la inteligencia? Porque á estos goces que dan aprecio á la vida no les precede el dolor, ni es su condición necesaria, como ocurre con los placeres del cuerpo, á los que justamente se les ha llamado serviles.

Sóc. Creo que aun tenemos tiempo; puesto